

II

LA POSESION DE JESUCRISTO.

MEDITACION

HE ENCONTRADO AL QUE AMA MI ALMA: LE TENGO Y NO LE DEJARÉ IR. (1)

¿Qué te queda por hacer, alma cien veces dichosa, sino contemplar tu tesoro y récontar las indecibles riquezas de que eres poseedora? *En él se encierran todos los tesoros*, y así al dársete Dios, te ha regalado de un golpe cuanto hay que dar, Jesucristo es tu grandeza, porque es *más alto que los cielos*; es tu inenarrable riqueza, pues que es *heredero del universo*; es tu excelsitud, ya que es *esplendor de la gloria y figura de la substancia del Padre*; es tu fuerza porque El *sostiene todas las cosas con una palabra de su poder*; es, en fin, tu consue-

1 Cant.

lo, porque le plugo ser el *pan que contiene en sí toda delicia*.

I

¿Tú vuelves de la Sagrada Mesa? Alma, ¡qué transformación se ha obrado en tí! ¡qué esplendor el tuyo! ¡qué belleza! ¡qué lampo de luz extraña te circunda! ¡qué inefables encantos! Cielo y tierra te contemplan con asombro. Los ángeles no reconocen ya bajo tan divinos rasgos al flaco y cautivo habitador del destierro. En efusión y transportes de gozo prorumpen en estas voces: *¿Quién es la que sube del desierto nadando en delicias, apoyada sobre el hombro del amado?* Dios te mira, y en tí extasiase; tú eres su hija por que el que está contigo su hijo es, y en El pone sus complacencias.

Si ese lenguaje divino nos pasma de admiración, busquemos en otro misterio su magnífica clave. La Eucaristía consuma la grande obra de la gracia. ¿Qué hace en nosotros la gracia? Revístenos de Jesucristo, nos transfigura en él, nos une á él con tanta estrechez, que venimos á ser un sólo

de tantos naufragios, y salvo de ellos

cuerpo, un solo hombre nuevo con él. ¡Qué unión! ¿Buscaremos comparaciones descoloridas en las cosas de la tierra para ensalzár la intimidad de esa unión? Agótanlas piadosos escritores y términos de semejanza hallan por todas partes: ora es el hierro sacado de la fragua, todo encendido, hecho ascua y refulgente; ora la gota de agua mezclada y perdida en el vino; ya el limpio cristal herido por un rayo de sol, penetrado de su brillo y trocado en sol templador y chispeante. Mas dejemos las pequeñeces terrenas y volemós á buscar en los abismos de la Divinidad la única comparación digna de tan inenarrable misterio. ¿No ha dicho Jesucristo: *Como yo vivo por mi Padre, así el que me come vive por mí?* Es, pues, la unión del Padre con el Hijo la que me da idea de la unión que por la Eucaristía contrajo con Jesucristo: "*Vivo, pero no yo; Jesucristo vive en mí.*" Vivo de su vida, respiro de su soplo, su sangre corre por mis venas, [si vale así decir], su santidad me reviste, su grandeza me eleva, su hermosura me transforma. ¡Oh Padre celestial! mi-

rad reflejada en mí vuestra imagen, la faz de vuestro Cristo.

II

Augusto Sacramento, tú eres mi sostén y fuerza. El Profeta entreveía, sin duda, este nuevo beneficio cuando cantaba: *¡Oh Dios! me has dado mesa contra todos los que me asechan y persiguen.* Y ¿cuáles son los perseguidores de mi alma? ¡Cuán numerosos, qué potentes, qué encarnizados! Mis inclinaciones torcidas y mis culpas pasadas: si repaso mis antiguos ~~mon~~ios, reconozco al punto esos monstruos en las huellas de devastación y ruinas que aquí y allá han amontonado. Rey de este imperio desolado remueve los escombros, llora sobre ellos y reedifica. Tú has dicho: *El que comiere de este Pan vivirá.* Si la muerte habita aún en mi alma, si al entrar tú la encuentras en los repliegues de mi espíritu, llama á Lázaro de los horrores del sepulcro. Hostia de expiación, á tí me confío ante el rostro de la justicia divina. Hostia santa, expía por mí, y el Eterno Padre con-

dóneme la deuda, pues que tan valiosa caución responde por mí.

Pero no sólo me asegures de lo pasado, también garantízame el porvenir. Tórname tan robusto que no pueda abatirme la tentación ni el pecado desvanecerme; una pobre enferma se deslizó un día entre la multitud, acercóse anhelante y tocó furtivamente la orla de tu vestidura, diciendo parasí: "Si toco siquiera la fimbria de su túnica, sanaré," y al punto fué sana. Pues ¿no he de sanar yo de enfermedades del alma si toco, no vuestro ropaje solamente, sino vuestra Carne? ¡Oh Carne del Verbo anonadado, Carne de Dios empobrecido y crucificado! sáname de mi triple llaga, la concupiscencia de la carne que me subyuga; la concupiscencia de los ojos que me echa fuera de mí y me debilita; la soberbia de la vida que me hincha y desordena.

¡Oh Jesús! terrible á los demonios, que gritan al aproximarnos: ¿*Vienes á perdernos?* que huyan ellos, que huyan despavoridos al entrar tú en mi alma, que huyan á tu presencia, que los amedrenta y confunde. Como se

deshace el humo, como se derrite la cera junto á la llama, así ellos ante tí. Y así vendrás á ser único y dueño y monarca de mi ser. Restablece tu imperio, por extranjera mano avasallado, repara lo que criaste para palacio tuyo. Lo desmantelado, compuesto quedará al instante, lo afeado, se cubrirá de rico ornato, lo seco reverdecerá al arrimo de tu poder. El árbol de la fe levantará en mi alma sus ramos pomposísimos á los cielos, la esperanza exhalará más suaves esencias y la caridad traerá copia de frutos en sazón. A la vista de Dios anonadado se educará la humildad. Ante la sangre místicamente derramada la mortificación recobrará su vigor. Y al amparo de tan dulce amigo la piedad se inflamará más y más.

III

SEÑOR, QUÉDATE CON NOSOTROS PORQUE YA ATARDECE. (I)

Señor, ya veo que descienden las sombras y amenazan caer sobre mi

I. Jo.

de tantos naufragios, y salvo de ellos

alma; después de los raudales de luz que contigo ha recibido mi espíritu, temo, Señor, la noche del mundo, que en otro tiempo me ha envuelto y enseñoreádose de mí. Temo las tinieblas que arrancando de las escondidas cavernas de mis propias pasiones ó desprendiéndose del trato peligroso del mundo vienen sobre mí á enturbiarme y nublar tus santas y serenas claridades de que ahora disfruto. Saldré de esta espiritual delicia en que saboreo el don de Dios y volverán á despertar los malos afectos adormecidos, levantarán en mí las rebeldes inclinaciones otra vez sus cabezas de serpiente. La mundana conversación avivará viejas aficiones, y tendiéndome antiguas redes, instrumentos y testigos de mi pasado cautiverio, tenderá á conducirme de nuevo al desamor de esta virtud, que tú me infundes. Quédate, pues, Señor, conmigo, quédate, y no toleres que anochezca, ó más bien, sé mi lámpara en la noche: quebranta las pasiones en su primer disturbio; ayúdame á velar por mi seguridad; al primer parpádeo de sueño recuérdeme la voz

de tu gracia y azúceme á sofocar las tentaciones recién nacidas, sin dejarlas crecer ni encastillarse en mi voluntad. Cuando la ocasión se acerque, cuando á ella me orille, aguíjame y préstame ligereza para huir. Vive conmigo y no me dejes caer en la vieja temeridad de echarme al peligro con ilusoria esperanza de conjurarle á deshora. Edifica todos mis propósitos sobre tí mismo, piedra angular, pues todo lo otro es pura arena move-diza. Así tendré constancia; dame oración, oración diaria que la atice y avive, para no tomar esa vida de levantadas y caídas, de resoluciones momentáneas y frecuentes veleidades en que mudaba vela á cada viento.

Enséñame ese aislamiento seguro y compatible con el trato de las gentes por el cual se vive y trabaja en el mundo sin salir el alma completamente de sí y de tí que en ella vives, sin derramarse toda en las criaturas desasiéndose de la caridad de su Criador. Ya que hoy, en la pacífica playa de tu amparo, vuelvo el rostro á mirar con horror el encrespado océano de tantos naufragios, y salvo de ellos

seco las velas y recojo los húmedos despojos de la tormenta, no permitas que renazca en mí el loco apetito de lanzarme otra vez á la perfidia de las olas; no consientas que el vértigo del abismo cobre en mí alas y viento para precipitarme otra vez á la hondísima de que me ha sacado tu misericordia.

También sobrevendrán los dolores de la vida; ¡encuentro en mi mismo cuerpo tantos veneros de padecimiento! Del primer vagido al último suspiro, el dolor, como insomne centinela y heraldo de la muerte, no se despega del hombre, le guarda, le asecha, le oprime, le veja y le desgarras, y le recuerda por arte cruelísimo que la muerte es su dueño implacable. Haz que ese padecer reiterado se transforme para mí en enviado tuyo; que me recuerde constantemente que por el dolor me compraste, con él me regalas, por él me salvas. Sean de hoy en más todas las tribulaciones para mí voces dolientes y amorosas que me das para indicarme la ruta; látigazos que me aplicas para despertarme del perezoso letargo de mi tibieza, como

los médicos azotan al narcotizado para hacerle volver en sí antes que se extinga su actividad vital; séanme cauterio saludable impuesto á mis llagas y lazos sangrientos de pasión que me unen y estrechan contigo en el más generoso y santo de los amores, el amor que padece. Tú eres *el varón de dolores, que ha probado todas las formas del humano padecer; vé al monte de la mirra á aprender de tí ejemplo y resignación.*

Me alientan para ello todas las esperanzas que la Eucaristía me promete, prenda de bienandanza perdurable; pues si poseerle en el destierro es tan dulce, ¿qué será entrar en su gloria, sumergirse en el mar océano de su felicidad? Todo, con razón, puede abandonarse por *Jesucristo, y tenerse por humareda y basura para ver de ganar á Jesucristo.* Otros desháganse en llanto por un cuerpo que se desmorona y una carne que roe la podredumbre de la muerte; yo, Sacramento de vida, llevo en mí un germen vital que en mí has depositado y que no matará la disolución del sepulcro. Tras de haber destruido á todos mis

enemigos, acabarás con el último, la muerte, y *todo lo que en mí hay de mortal será devorado por la vida.*

ASPIRACIONES

(Salmo 22.)

El Señor me gobierna y nada me faltará; en fértiles praderas me ha colocado y me guía á reparadoras corrientes. Hizo á mi alma volver y llevóme por senderos de justicia, no por mis méritos, sino por amor de su nombre. Y aunque anduviere entre sombras de muerte no temeré males porque él está conmigo. Tu vara y tu cayado me consolarán; preparaste una mesa delante de mí contra aquellos que me atribulan. Ungísteme con óleo pingüe, y mi cáliz que embriaga ¡qué excelente es! Y tu misericordia irá en pos de mí todos los días de mi vida para que yo more en la casa del Señor por larguísimo tiempo.

LECTURA

(De S. Cipriano.)

Al celebrar los Sacramentos se nos amonesta que volvamos á la boca, co-

mo las bestias, que rumian y tienen la pezuña hendida, y trituremos menudamente el ejemplo de la pasión del Señor, de modo que la tengamos siempre en la memoria, y no aterren á los herederos del Crucificado los suplicios de la muerte, sino que los alimenten y recreen las alegrías solemnes de la Resurrección. ¡Cuán preclaro es este cáliz, cuán religiosa la embriaguez de esta bebida por la cual nos desvanecemos en Dios, y olvidados de las cosas pasadas nos dirigimos á las que están delante sin hacer caso de este mundo, sino que menospreciando las delicias del rico purpurado, nos unimos á la Cruz, chupamos la sangre y fijamos nuestra lengua dentro de las mismas llagas del Redentor: con lo cual, enrojecidos interior y exteriormente, somos considerados como locos por los sabios de este siglo, que, apartados de este religioso mandato, andan todavía hacia atrás y se alejan y huyen de los secretos divinos que contienen en sí la suma de todos los misterios! El que come de este pan, no tiene ya hambre; el que bebe, ya no tiene sed; porque de tal manera

satisface la gracia de este misterio, de tal manera recrea su inteligencia, que cualquiera que llega á conocer la plenitud de cosa tan alta, hallada la plenitud de toda perfección, portador de Cristo, le lleva en su pecho, le lleva en su mente, y en todo tiempo sus palabras y acciones cantan alabanzas de júbilo á su habitador y le rinden acciones de gracias. Esta embriaguez no enciende el pecado, sino que le apaga; en este vino no está la lujuria ni se mueve la lascivia á sus juegos y retozos después de esta bebida. Cuando el olvido ha adormecido todos los vicios de la carne, son cosas maravillosas las que siente, grandes las que ve, inusitadas las que habla aquel en quien habita este Cordero Pascual, que regocija y deleita el alma con alegría inexplicable. El hombre animal no es admitido entre los convidados á la Mesa del Señor; todo lo que dictan la carne y la sangre es excluido de semejante compañía; ni gusta ni aprovecha cuanto intenta la sutileza del sentido.

III

LAS LECCIONES DE JESUCRISTO

MEDITACION

HE HECHO PROFESIÓN DE NO SABER MÁS QUE UNA COSA, Á JESUCRISTO, Y Á ÉSTE CRUCIFICADO.

Este es el resumen de toda la ciencia y vida cristiana: aprender con la mente y corazón á Jesucristo crucificado. Y ¿dónde será más fácil ese aprendizaje, más obvio y prolongado el estudio, dónde hallaráse maestro más hábil y eficaz de semejante doctrina que en los santísimos misterios del altar? En la Eucaristía está el Señor enclavado al Sacramento y sacrificado por los hombres, exhibiendo toda su vida desde el pesebre hasta el Gólgota; cadena continua de amores y finezas incontables; y él propio es el maestro que enseña al que se

y de mendigo! No vive, puede decir-